

**HOMILÍA DE SU EXCELENCIA, ARZOBISPO CHRISTOPHE PIERRE  
NUNCIOS APOSTÓLICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA  
SANTA MISA DE VIERNES DESPUÉS DE CENIZA  
RECONGRESS  
ANEHEIM, CALIFORNIA  
24 DE FEBRERO DE 2023**

Su Excelencia, arzobispo Gómez, mis queridos hermanos obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, fieles laicos; queridos hermanos y hermanas:

Este año, el tema de la conferencia nos ayuda a familiarizarnos con el tiempo de Cuaresma: "Abraza la Gracia". Todos deseamos la gracia: anhelamos la bondad de Dios; queremos su misericordia, su compasión; aspiramos a sentir que nos toca Su Amor. Y la buena noticia es que Él quiere eso para nosotros incluso más que nosotros mismos. Él nos amó primero (cf. 1 Jn 4,19). Pero, ¿cuál es la puerta de entrada a ese trato con el amor de Dios que todos esperamos? En la primera lectura, el profeta Isaías llama al pueblo de Dios a través de la puerta del *arrepentimiento*. Exhorta al pueblo a reconocer sus pecados, a ayunar de la injusticia y a practicar la caridad. Y promete que, cuando hagan eso, experimentarán la cercanía de Dios que ellos desean. Este mensaje es también para nosotros. Cuando nuestras obras de penitencia comienzan con Jesús como su punto de referencia, y cuando nos llevan a practicar el amor y la misericordia en lugar del odio y la injusticia, entonces experimentaremos lo que significa que Dios está con nosotros.

La gente de la época de Isaías se preguntaba: "¿Para qué ayunamos, si tú no nos ves? ¿Para qué nos mortificamos, si no te das por enterado?". (Is. 58:3) Por fuera, ellos hacían los ritos externos que exige la religión. Pero por dentro no había conversión. Dios contempla sus observancias religiosas y ve que no hay coherencia en sus relaciones con los demás. Ayunan, pero siguen centrados en sus propios afanes, oprimiendo a sus trabajadores (Is. 58:3). Ellos terminan en riñas, peleas y dan puñetazos sin piedad (cf. Is. 58:4). Es evidente que estas prácticas no estaban produciendo acciones y personas que reflejen la misericordia del Señor. No es que Dios se alejara de ellos, sino que sus corazones estaban apartados de Dios. Por eso no sentían su consuelo.

Jesús hace una reflexión similar en el breve pasaje del Evangelio de hoy. A los discípulos de Juan el Bautista les molesta un aparente conflicto en las prácticas religiosas: ellos y los seguidores de los fariseos ayunan mucho, pero los apóstoles de Jesús no. Esta diferencia les inquieta y preguntan: *¿Por qué?* (Este cuestionamiento implica una crítica: *¿Qué les pasa a los discípulos de Jesús?*) Pero el Señor, como siempre, los saca de su visión miope y autorreferencial de las cosas – y los aleja de una disputa inútil y distractora – para llevarlos a la realidad mayor y esencial: la realidad de *Él mismo* y *del Reino*. Sus discípulos son los *invitados a la boda*, porque Él no es un mero "Maestro", sino *el Esposo*. Él está formando la Iglesia y haciéndose uno con esta Esposa, y preparando a todos para entrar en el banquete de bodas que es el Reino de Dios. Toda práctica "religiosa" que sus seguidores hacen, por lo tanto, *debe referirse a Él, el Esposo*. La observancia externa – el ayuno, la oración, la penitencia – no es donde radica el sentido. Lo importante es: ¿Dónde está el Esposo? ¿Dónde está Jesús? Si sus apóstoles están de fiesta, es por la alegría de que Cristo está con ellos. Si están ayunando, lo hacen porque son capaces de sentir la distancia que aún existe entre la pobreza y el luto de este mundo y la riqueza y el gozo que Dios quiere para ellos. En otras palabras, el ayuno y la pobreza voluntaria de un cristiano tienen como finalidad acercar a los demás

a Cristo y, al mismo tiempo, acercar al cristiano a Jesús, poniéndolo en comunión con los marginados, en quienes el Señor se complace especialmente en estar. Lo único importante es alinearnos con Dios y con quienes necesitan el júbilo de su Evangelio.

La profecía de Isaías al pueblo de su tiempo, y la enseñanza de Jesús a sus contemporáneos, nos ofrecen hoy un desafío. Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿Cuál es el punto de referencia de mis obras de penitencia? El año pasado, al comienzo de la Cuaresma, el Papa Francisco señaló que “incluso la oración, la caridad y el ayuno pueden volverse autorreferenciales”. (HOMILÍA DEL MIÉRCOLES DE CENIZA, 2 DE MARZO DE 2022). Pero el sentido de nuestra penitencia no debemos ser nosotros mismos, sino Dios. Y luego, desde el amor de Cristo, nuestras acciones deben llevarnos a la comunión con los demás, comenzando por los más necesitados: los esclavizados, los oprimidos, los hambrientos, los sin techo, los desnudos (cfr. Is 58, 6-7). En esta Cuaresma, ¿podemos ayunar y hacer penitencia de modo que trascendamos las discordias y peleas que tanto caracterizan hoy a nuestra sociedad e incluso dentro la Iglesia? ¿Podemos adquirir la actitud del rey David después de tomar conciencia de su pecado? “un corazón contrito y humillado” (Sal 51,19). Sólo un corazón humilde puede ofrecer la oración y el ayuno de manera significativa. Sin un corazón sencillo, la ofrenda está vacía.

Cuando comencemos a actuar *con* Jesús, cuando nuestras obras religiosas contengan un corazón de amor y misericordia, entonces lo que dice Isaías se hará realidad para nosotros. Nuestra “luz brotará como la aurora”, nuestras heridas “cicatrizarán de prisa”, seremos custodiados por la gloria del Señor. Cuando “clamemos por ayuda... él dirá: 'Aquí estoy'”. (Ver Is. 58, 8-9). Esta es la gracia que todos buscamos: luz, curación, protección y ayuda de Dios. Cristo quiere esto para nosotros. Que en esta Cuaresma abramos la puerta a esta gracia con obras de penitencia unidas a un corazón humilde y contrito. Que nuestro centro sea siempre Jesús. Y que nuestras obras en su nombre se transformen en amor. Abracemos hoy esta gracia.